



RUBINSTEIN, ADEMÁS de ser un gran artista, tiene una personalidad llena de "esprit". Cuenta muchos chistes e historias divertidas, le encantan los bailes, y por ahora su máxima preocupación es la de las calorías. Gracias a una nueva dieta ha adelgazado ocho kilos en mes y medio.

dos, cada uno de nosotros quiso mandarle al menos una rosa..." Cada rosa representaba un músico...

Arturo Rubinstein no es un artista a quien se le puede preguntar cuál es su músico preferido, y por qué es romántico, y su opinión sobre la tonalidad en que se debe interpretar a Liszt o a Schumann. Tampoco se le puede hablar de su "toucher" tan comentado, de su modo de rozar las teclas, de posar sus dedos tan suavemente sobre ellas para después atacarlas vigorosamente. No se le puede preguntar qué piensa acerca del efectismo teatral o del mecanismo pianístico... De cómo le hace para que cada nota se destaque nitidamente, sonora y redonda, hasta en los pasajes del más veloz e intrincado virtuosismo. Nada de eso vale la pena porque Rubinstein no tiene músico preferido, ni opina

sobre los grandes movimientos musicales. Rubinstein considera la "música" como una esfera, redonda y total. Un círculo cumplido, espiritual y humano.

Mientras menos se hable de la música, mejor. Lo mejor que se ha dicho sobre música pertenece a Nietzsche. El hizo una famosa división de las artes. Por un lado están todas las artes, llamadas descriptivas apolíneas, y por otro lado, la música, único arte dionisiaco, o sea directo, que vive de sí mismo. La música no se puede definir. Su creación encierra un misterio completo. La música nos sumerge en algo que no se puede definir o limitar... Hay que sentirla. Por eso odio a los "connaisseurs". Prefiero a las personas que nunca van a un concierto, que han logrado componer una tonadita, una can- **SIGUE EN LA PAGINA DOCE**

"No. Yo no toco para los "connaisseurs" que han oído mucho y que saben tanto. Yo toco para el público anónimo y general. Me siento feliz cuando puedo colocar en el espíritu de alguien una brizna de emoción. Si en una sala enorme, una persona, una sola, descubre la música gracias a mí y comprende que su espíritu puede reposar en ella y entenderla, entonces creo que he cumplido mi vocación de artista. No, no toco para los "connaisseurs"...; no toco para el espíritu crítico, sino para el espíritu que se abre y que despierta, el espíritu capaz de asombro, que es como un niño lleno de emociones, humano y tierno... Por ejemplo, una de las cosas que más me halagan, es que la sirvienta que sube a darme mi desayuno, se quede para con su charola en el umbral de la puerta, para oírme estudiar "sur un petit piano méchant, como dicen los franceses (un pianito mal portado). Ella no tiene la obligación de oírme. A lo mejor no sabe ni quién soy. Sin embargo, se queda parada, y no por mí, sino por lo que toco... Tengo ganas de levantarme del piano y abrazarla (pero claro que no lo hago: la pobre tiraría su charola)... Cosas como ésta y cartas sencillas, y alguna vez un gran ramo de rosas rojas, son la recompensa mejor que yo puedo recibir como premio al mensaje que transmito. Soy, si usted quiere, un fiel servidor del arte mundial. Siempre recordaré la carta de una mujer, que nunca había gustado de la música, y un día, después de ir (a fuerzas) a uno de mis conciertos, comprendió de golpe la vida del espíritu y comprendió el misterio que encierra. Me escribió luego agradeciéndome el descubrimiento de un mundo que le era desconocido... Porque la música es humana, y brota de la vida misma...

En cuanto a las rosas rojas, las recibí en París, más bien las recibí mi mujer. Di un concierto a beneficio de los músicos retirados (un día yo mismo seré un músico retirado), y me acuerdo que se obtuvo una gran cantidad de dinero, y ellos quedaron sumamente agradecidos. Y al día siguiente del concierto, ¿Qué es lo que vemos llegar al hotel? Un ramo de rosas tan enorme que no sabíamos dónde ponerlo. En París, solamente una persona muy rica puede permitirse mandar una docena de rosas, un enamorado perdido manda dos o tres docenas, pero nadie (ni una sociedad anónima) puede mandar más de cien rosas rojas...

¿De parte de quién? De parte de los músicos retirados. Mi mujer se desesperó. "Mira, Arturo, en lo que fueron a gastar su dinero", y yo también pensé, cómo habían hecho semejante locura. Sin embargo, con el ramo venía una carta explicativa". Por favor no se enojen. ¿Les va a parecer ridículo, pero como le estamos tan agradeci-

LAS CIEN ROSAS

Sigue de la página ocho

clonilla, una frase musical que silban distraídos... De ella pueden decir "Esta es obra mía". Y se emocionan con su leve creación, la sienten y la acarician... Si reveló la música a una sola persona, estoy feliz. Esa persona podrá después inventar sus propias melodías...

En cuanto a mis compositores preferidos, no los tengo. No, no es Chopin. Me gusta lo que toco, en el momento mismo en que lo estoy tocando. Cada cosa me gusta en diversos momentos, y de distinto modo. A veces estoy loco por Mozart, y quisiera tocar sus veinte conciertos de un hilo, y luego es Schubert... y no faltan ocasiones en que me dan ganas de aventarlo todo para arriba y eso que jamás le tocaré otra vez... Si alguien dice que tiene un autor de piano favorito tenga usted la seguridad de que miente. Porque en cada música hay algo que despierta sentimientos nuevos. Es como en la vida... Con Beethoven yo me siento un poco purificado y elevado... Como Chopin es más pasional, ni modo que sienta lo mismo. La vida es grave y yo me siento en la música en sus

VIDA

Rubinstein vive en Beverly Hills, con su mujer Hella y sus cuatro hijos. Dice que la vida allá es mortalmente aburrida, pero muy lujosa, y el sol brilla durante el año entero. Todo el mundo se acuesta muy temprano, porque son artistas de cine, y se porta mal porque todos están divorciados.

—Desde a los diecisiete años quise tener una hija Eva, aunque fuera sin casarme, pero quería tener una hija.

—¿Por qué? Porque una hija es la mejor amiga de un artista. Participa enormemente en la vida de su padre. Comprende sus relaciones con el mundo, sus viajes, sus cansancios... Un artista es como un niño, abierto a todas las emociones. Yo tengo la suerte de tener una afinidad muy grande con mi hija y también con mi esposa, que todo lo entiende.

También tengo una gran afinidad con México. Siento por él un amor y un agradecimiento particular. ¿Sabe por qué? Porque en 1919, cuando vine por primera vez, sin fama y sin reconocimiento alguno, me recibieron como a un hermano, como si fuera ya un viejo amigo, y di veintiséis conciertos. No había entonces nada de snobismo. Me recibieron con los brazos abiertos cuando yo no era nadie...

México ha evolucionado extraordinariamente en el campo de la música. Es una nación de primer orden, tanto en música como en pintura. En París vi a José Yves Limantour. Formó

parte del jurado en un concurso de música. En ese concurso vi a mujeres extraordinarias. Una niña turca, de doce años me fué presentada por Nadia Boulanger, para que la oyera. También conocí a una muchacha italiana, María. Tipo, que va a iniciar una gira mundial.

La vida de un artista no es tan fácil como se cree. Hay tantas cosas que el público no ve. Los viajes en avión, los hoteles, las restricciones personales... Pero ni modo, no puedo uno llegar al escenario y anunciar: "Hoy, mi querido público tengo dolor de muelas, y recibí malas noticias de mi casa; así que les tocaré mañana". El público ha comprado sus boletos y quiere que toque su pianista. Además, en esa vida, de giras tiene uno que ser sumamente filosófico y diplomático. No puedo beber nada (o a veces un vasito de vodka), porque es malo para mis dedos. Se me pueden flojar, como de algodón...

POLONIA

Cuentan que Paderewski, después de terminar un concierto ante los reyes y el primer ministro de Inglaterra, se volteó hacia el público y le dijo: "Sé que un concertista nunca debe dirigirse al público; pero no puedo resistir a la tentación de contarles lo siguiente: "Una vez se les pidió a todos los países del mundo, que escribieran una obra sobre el elefante. Muchos sabios trabajaron en eso. Después de algún tiempo, Francia produjo un libro casi una plaqueta, ilustrado, que se llamó "El Elefante y el Amor". Italia, un grueso volumen: "El Elefante y las Bellas Artes"; Inglaterra dedicó un tomo de la enciclopedia a "El Elefante en la Historia del Imperio Británico"; Alemania produjo dieciocho tomos, intitolados: "Breve Introducción al Estudio del Elefante"; de Estados Unidos: "Los Hábitos Alimenticios del Elefante", y la Rusia de hoy: "Los Orígenes Rusos del Elefante" (los rusos creen que todo es ruso), y, finalmente, Polonia: "El Elefante y la Independencia de Polonia".

—¿Qué piensa usted de esto, señor Rubinstein?

—Sí, en efecto, Polonia es una inmensa aspiración de libertad. Es la nación que más ha luchado por su independencia. Mi amor por ella es muy grande. Ahora soy ciudadano norteamericano; pero mi mujer y yo siempre recordamos nuestra tierra natal, y esperamos volver a ella algún día.

Rubinstein, según él mismo dice, es como una gran tienda abierta: todo el mundo puede entrar y pedir lo que quiera. La gran aspiración de su vida ha sido establecer entre el músico que toca y la gente que lo escucha una corriente de emoción y de fraternidad humana.